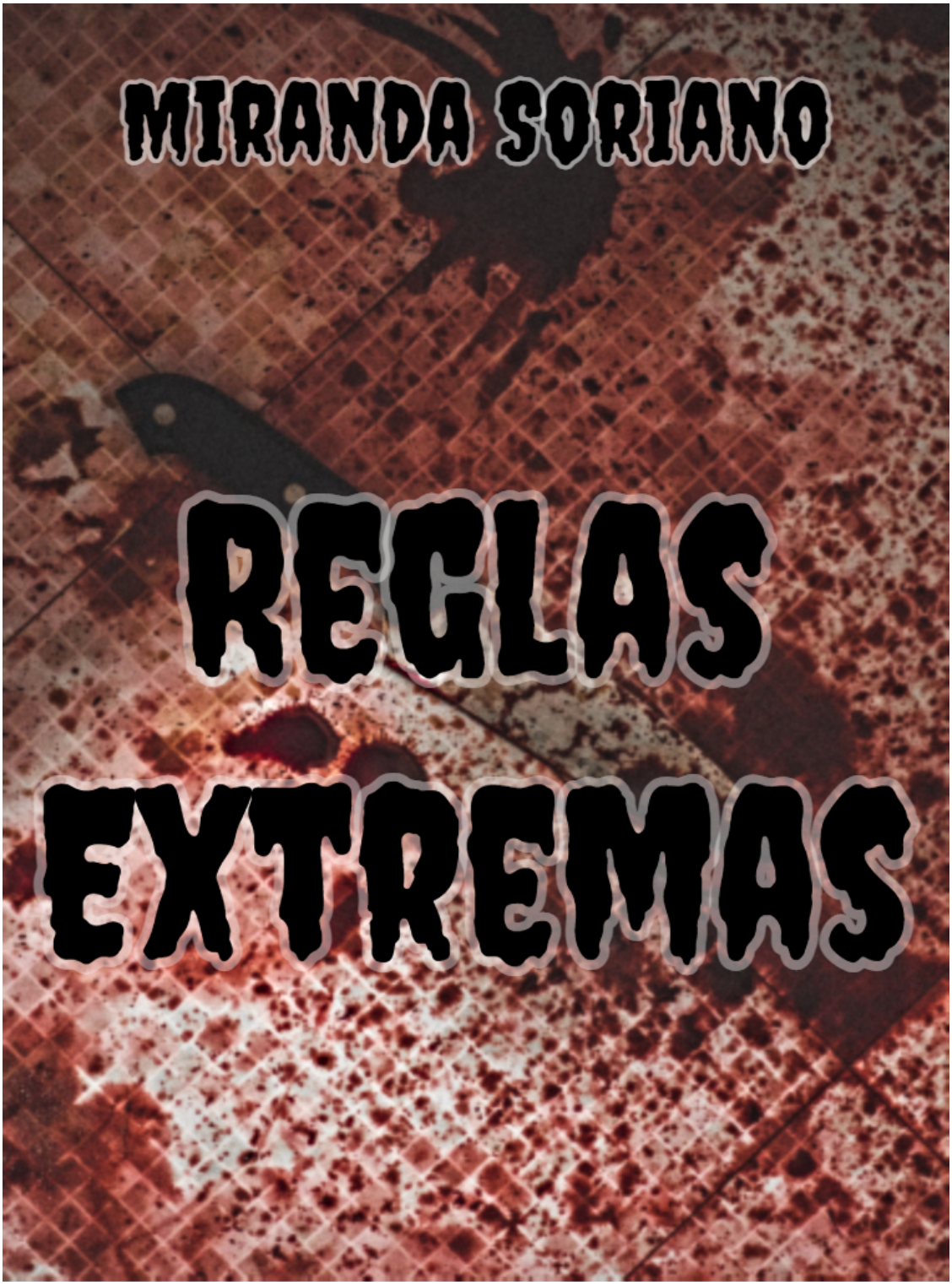
Reglas Extremas

Miranda Soriano



Capítulo 1

1

El salón de clases estaba tan vacío como siempre, y Francisco no supo si alegrarse al respecto. Aunque, a esa hora de la mañana, no debía ser extraño.

Su mirada siempre alerta recorrió el aula con rapidez, pero no había nada extraño, nada diferente. Era la misma aula de siempre y, como todos los días, Francisco se encaminó hasta su asiento: cerca de los ventanales que daban a la entrada al instituto.

Tan pronto se sentó, abrazando su mochila, tuvo que mirar por sobre su hombro para verificar nuevamente que se encontraba solo. No se calmó del todo, así que volvió la vista a la enorme ventana a su lado, escrutando frenéticamente las calles con la vista. Todo parecía muy lejano, desde los charcos de agua por la lluvia de la noche pasada hasta los locales cerrados con rejas, y la ciudad lucía casi desierta.

Pero no se sentía así.

Sus ojos se desviaron al cielo, nublado, mientras tintes púrpuras y anaranjados comenzaban a pintar el horizonte. Sus músculos comenzaron a relajarse al ver al sol saliendo, alejándolo de la oscuridad e incertidumbre.

Suspiró y se secó la frente con el dorso de la mano.

De nuevo le había ocurrido.

De nuevo había sentido cómo alguien lo seguía a donde quiera que iba.

Desde hacía semanas que sentía la presencia de alguien más cerca suyo, alguien que lo acompañaba pero que no se dejaba ver. Desde entonces siempre iba corriendo a todos lados, temiendo que, al parpadear o dar un mal paso, ese alguien se le echara encima.

Siempre había sido normal para él estar contento y relajado cuando estaba a solas, pero aquello había dado un drástico giro desde que se mudó de ciudad para entrar en la universidad, dejando atrás a su familia y a los pocos amigos que tenía. Como si esta nueva ciudad estuviese maldita, ahora se sentía nervioso y paranoico siempre que estaba a solas. Ya no podía relajarse, ni siquiera dormía apropiadamente porque alguien lo observaba en todo momento.

Le era más difícil aún porque no tenía a nadie con quien hablar al respecto. En esta nueva ciudad, en esa nueva escuela, no tenía a ningún amigo, y sentirse acosado por una entidad extraña le hizo retraerse aún más.

Se consolaba a sí mismo diciéndose que quizás se sentía de esa manera porque aún no había logrado acostumbrarse del todo a la rutina que imponía la vida en la ciudad, sumado el estrés al ser un marginado social y las exigencias que sus clases avanzadas de matemática… Sí, ¡debía ser eso! Estaba lleno de emociones y esas emociones eran lo que lo hacía sentir tan paranoico.

¿Verdad?

Eso, o en verdad estaba volviéndose loco.

—… Méndez, ¡Francisco Méndez! —la voz del profesor hizo ecos por todo el salón, haciendo que el mencionado se viera arrancado de sus pensamientos con un respingo —. ¿Estás aquí?

Volvió la vista al frente, preguntándose en qué momento habían aparecido todos sus compañeros de clase, ¿cuánto llevaba con la mente dando vueltas?

—Aquí estoy —dijo, con la voz temblorosa.

Su profesor lo miró como si le diera repelús, y volvió la vista a los papeles que tenía delante.

Francisco escuchó risitas detrás de sí.

Grandioso.

Resopló, cruzando los brazos sobre la butaca y hundiendo luego el rostro entre ellos. Decidió que ese día no haría caso a sus clases. No estaba de humor. Su mente estaba muy lejos de la realidad.

Las horas que pasó dentro del instituto las gastó mirando por la ventana, tan atento a cualquier movimiento fuera de lo común que constantemente se asustaba a sí mismo. ¿Cómo era posible sentirse tan mal? ¿Cómo era posible estar tan solo que nadie se percataba de lo nervioso que estaba?

A nadie le importaba que se hiciera sangrar las cutículas por morder tanto sus uñas, a nadie le importaba que su mirada estuviera desorbitada y que su cuerpo temblara ante la mínima inconveniencia, y a nadie le importó que se quedara solo en el aula cuando anunciaron el final de las clases.

Cuando Francisco se dio cuenta de que había sonado el timbre, ya no había nadie a su lado. Justo como había estado por la mañana.

Recogió sus cosas rápidamente, recordando que, de perder tiempo, podría dejar escapar la oportunidad de seguir al grupo de chicos que vivían cerca de su barrio.

Francisco no les hablaba, mierda, apenas si sabía sus nombres, pero se sentía menos vulnerable acompañado de otros cuando el mundo lo parecía amenazar sin descanso. No importaba que esos chicos ignoraran por completo su existencia; importaba que lo hacían sentir seguro.

Además, pensó para sí mismo, jamás los molestaba. Siempre iba a una distancia considerable de ellos, por lo que no debían de notarlo siquiera.

Como su apartamento se encontraba exactamente a una docena de manzanas del instituto, en uno de los barrios más solitarios y descuidados de la ciudad, desde sus primeros días en la universidad prestó atención a las rutas que tomaban ciertos grupitos de amigos para encontrar a aquellos que viviesen cerca. Los había seguido desde entonces.

—Si me descubren algún día… —murmuró para sí, atravesando rápidamente los pasillos vacíos —. Van a creer que estoy loco. Ahhh, como si no lo creyesen ya a estas alturas.

Negó con la cabeza.

—No tengo remedio.

Capítulo 2

2

Atravesó un par de calles sin perder de vista a sus “acompañantes”.

Se ajustó la chaqueta al sentir una brisa lejana, alborotándole también el cabello grasoso. Hizo una mueca.

No había podido ducharse desde hace dos días, principalmente porque intentaba cumplir con todas las tareas del instituto y ponerse al corriente cuando no prestaba atención, y porque los apartamentos en donde habitaba rara vez había agua caliente. Tenía la idea de que el agua helada podría causarle un grave resfriado… Aunque, si lo pensaba, quizás no era tan mala ida arriesgarse. Porque entonces podría volver a casa y estar a salvo, dejar que mamá lo cuidara y admitir que no quería estar lejos de nuevo.

Podría hacerlo, claro, podría.

Podría hacerlo.

¿Y si no funcionaba?

Mierda, ¿y si no se resfriaba ni pescaba algún grave virus? Entonces tendría que seguir lidiando con ese miedo persistente, escondiéndose de cosas que ni siquiera podía ver.

—No. Tranquilo.

Se esforzó en concentrarse en su respiración, y continuó su camino intentando pensar en otra cosa. Claro que no pudo.

Sus “acompañantes” llegaron a un cruce y giraron a la izquierda. Era cuando sus caminos se separaban. Francisco sintió que el corazón se le hundía en el pecho, como si este también quisiese ocultarse de todo.

Continuó caminando.

Cuando el número de autos y personas disminuyó como por arte de magia, Francisco supo que se encontraba en su vecindario. Un aura de suciedad y extrañeza tintó el aire, haciendo que abriera los ojos como platos y que apretara el paso, sintiendo que el aire le faltaba.

Se golpeó el pecho con una mano. ¿Estaban funcionándole bien los pulmones? No podía ser. No captaban suficiente aire por más que él

inflara el pecho y el estómago.

Miró hacia todos lados.

La gente a su alrededor no le miraba, nadie le vigilaba, ningún auto se paraba a su lado para obligarlo a entrar… Pero seguía sintiéndose mal.

Quería vomitar, y aún quedaba mucho para llegar a casa.

¿Se desmallaría si comenzaba a trotar? Y, si hacía una carrera hasta su apartamento, quien le seguía ¿haría lo mismo? Creía que sí, pero no quería mirar sobre su hombro para comprobarlo. Solamente podía aferrarse a su mochila, haciendo que sus nudillos se pusieran blancos.

No se dio cuenta cuando comenzó a jadear ni cuando comenzó a correr, pero, si había empezado, no quería detenerse.

Estaba sudando, viendo todo como si el mundo estuviera envuelto en una bruma lejana, y sus oídos dejaron de captar sonidos más allá que el de su corazón yendo a toda velocidad.

Cuando sus piernas empezaban a arder por el esfuerzo, vio su edificio de apartamentos y se obligó a ir más rápido, hasta que llegó a las escaleras de la entrada. Tomó la manija y algo le hizo mirar hacia atrás, pero la sola escena de la calle desierta le hizo sentir pánico. Se deslizó por la puerta y entró al edificio, respirando pesadamente, sin dejar de temblar.

Echó un rápido vistazo a la recepción, sin nadie cerca. Nadie detrás del escritorio, nadie sentado ante la televisión, nadie de pie espiando por una de las ventanas que daban al edificio contiguo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y subió rápidamente las escaleras hasta el tercer piso.

En su apartamento estaría por fin a salvo.

Aunque no era un edificio limpio o siquiera bien cuidado, Francisco no tenía derecho a quejarse. Era el único lugar que sus padres podían cotizar junto con la colegiatura mensual del instituto, así que no estaba tan mal. Por lo menos tenía un techo sobre su cabeza, ¿no?

—Hogar, dulce hogar…

Al estar delante de su puerta, número 16, buscó en sus bolsillos las llaves. Estuvo a punto de echarse a llorar al ocurrírsele que las había perdido, cuando pisadas rápidas subieron las escaleras hasta el tercer piso y se detuvieron, ocultándose.

Francisco alzó la mirada con el corazón acelerado nuevamente, y se quedó

muy quieto.

No podía ser cierto.

En verdad alguien le seguía. Por fin se había atrevido a acercarse y, por lo que había escuchado, debía ser alguien corpulento y ágil.

Alguien peligroso.

Tuvo ganas de gritar, pero de sus labios tan solo salió un débil gemido.

—¿Quién…? ¿Está ahí?

Ni siquiera él mismo pudo escuchar su voz claramente, de todos modos, quien sea que estuviese allí, no respondería.

Notó un breve movimiento detrás, al fondo del pasillo, y sintió que un peso aplastante le caía encima; sin enterarse de dónde tomó valor, se dio la media vuelta y comenzó a gritar entre lagrimeos.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? ¡Da la cara!

—Cálmate —sugirió la voz de un hombre, el misterioso dueño de aquella sombra escondida. Francisco sintió que su corazón daba un vuelco —. No hagas esto más difícil para ti, Francisco.

—¿Qué dices…? —comenzó a retroceder, pero chocó contra la puerta —. ¿Cómo…? ¿¡Cómo sabes mi nombre?!

—Las explicaciones pueden esperar.

Francisco tragó saliva y volvió a hurgarse los bolsillos frenéticamente.

El edificio de pronto se sumió en la oscuridad.

Francisco echó a gritar, encogiéndose sobre sí mismo mientras su cuerpo temblaba y se negaba a echar a correr a pesar de lo mucho que su mente lo deseara. Solo quería irse, quería estar a salvo, quería entender qué mierda era lo que estaba pasando.

Sintió un fuerte brazo rodeándolo por el cuello. Soltó un gemido y de inmediato comenzó a patalear y golpear, pero quien lo retenía no parecía reaccionar a sus intentos por liberarse.

—¡Ah…! ¡¡Alguien ayúdeme!!

Su mente no paraba de dar vueltas, aterrada, mientras sus pensamientos apenas parecían estarse formulando cuando aparecían mil nuevos

haciendo preguntas y rogando porque el cielo le brindara alguna clase de milagro para escapar; iba a morir, ese hombre sin rostro lo iba a matar por razones que nadie nunca entendería, pero él no era un mal chico, ¿verdad que no? ¡Siempre seguía las reglas! ¿Por qué le pasaba algo como esto?

Escuchó quejidos que no eran suyos, algo caer al piso, y luego sintió que algo le atravesaba el pecho, cerca del corazón.

¿Lo había apuñalado?

El calor que sentía atravesando su torso, ¿era sangre?

Se toqueteó, pero sus manos solo encontraban su camiseta arrugada, y debajo solo se hallaba su vientre. ¿Por qué dolía tanto?

Entonces sus brazos dejaron de moverse a voluntad, sus piernas dejaron de sostenerlo.

¿Qué estaba pasando?

¿Qué… estaba…?

Capítulo 3

3

El hombre lo levantó del piso y se lo echó al hombro, sin creer lo rápido que el sedante había hecho efecto.

Salió del edificio sin llamar la atención, tan rápida y silenciosamente como había entrado, y se acercó a una camioneta plateada aparcada cerca, donde uno de sus compañeros le esperaba. Sin hacer un sonido, abrió la puerta trasera. Metió dentro el cuerpo inmóvil de Francisco para luego inclinarse sobre él, sin prestar atención a cómo los pasos del último de sus compañeros se alejaban después de reabastecer al edificio de electricidad.

Por fin, tras meses siguiéndolo, lo tenía cerca.

Sonrió y se montó en la camioneta junto a Francisco.

Antes de cualquier espectáculo, las estrellas debían ser inspeccionadas cuidadosamente para asegurarse de que se encontraban en plena forma. Las largas horas de viaje le servirían para hacerlo. Su compañero arrancó el auto y dejó rápidamente la ciudad, mientras él observaba a Francisco a detalle, desde su tez morena hasta las cicatrices en sus muñecas cubiertas por su chaqueta larga.

Alargó una mano hasta sus labios para abrirle la boca y observar sus dientes. Tocó su pecho, su estómago, sus delgados brazos y piernas. Todo estaba en orden. Luego sintió su pulso: tranquilo, al igual que su respiración.

Se rio al darse cuenta de que, en verdad, su aspecto físico no era lo que había llamado la atención del público, no. Francisco no era apuesto o llamativo, y tenía una higiene deplorable, ¿quién querría ver a alguien así en un evento estelar? Su aspecto no era lo que importaba. Sí, era importante que estuviese en forma, listo para la lucha, pero contrario a otros seleccionados, Francisco no fue escogido por su apariencia.

Es porque era vulnerable y, más importante, apegado al bien y la ética.

Tan solo imaginar el espectáculo que daría le hacía sentirse emocionado; ¿sería uno de los que ruegan por piedad? ¿O se armaría de valor y se abandonaría a sí mismo, peleando para sobrevivir?

Capítulo 4

4

—Cuídate mucho, cariño, ¿está bien?

Mamá… Había estado llorando hacía apenas dos minutos y, por cómo le besaba y abrazaba, no había manera de que permaneciera tranquila por mucho más.

—Estaré bien.

Había ocurrido hace tanto.

Su despedida.

La última vez que había visto y hablado con sus padres y mejores amigos.

—Hombre, ¿en serio tienes que irte? —preguntó uno de ellos. Se notaba derrotado —. Todavía puedes ir con nosotros al mismo instituto. No tienes que viajar tan lejos.

La verdad, no quería irse. Odiaba esto. Se sentía indeciso y temeroso, como si abandonara para siempre el planeta que conocía para mudarse a una galaxia lejana.

Había un nudo en su garganta y sentía el cuerpo pesado entretanto su mente parecía flotar, cercana a desplomarse en el vacío. Sus amigos, los únicos amigos que había tenido… ¿En serio los estaba dejando?

—Es algo que quiero hacer —su voz sonó distante —. Pero… Nos volveremos a ver… ¿No es cierto?

¿En serio era algo que quería en verdad?

—Espero que sí.

¿En serio valdría la pena?

Se sonrieron.

Querían abrazarse, pero no lo hicieron. Querían llorar juntos, pero no lo hicieron. Querían correr a esconderse en el teatro abandonado que había sido su guarida desde los siete años… Pero no lo hicieron. Aceptaron y odiaron el instante en que decidieron no decir ni hacer nada más, temerosos de que el futuro y la casualidad les arrebataran todo lo que

habían construido juntos.

Su autobús llegó y se montó en él. Los vio por la ventana hasta que sus rostros se volvieron difusos y sus siluetas se perdieron en la distancia, y él se echó a llorar.

La sensación de vacío lo arrastró devuelta a la realidad mientras su mente intentaba desesperadamente seguir aferrada al recuerdo que había tomado la forma de un sueño para alcanzarlo.

Francisco escuchó su propia voz, pero nunca se dio cuenta de los sonidos que salían de ella.

—Los… Los extraño —dijo, balbuceante, arañándose el pecho y el cuello —. Los extraño… Tanto.

Apenas empezó a recuperar la conciencia cuando sintió vómito subiéndole por la garganta; el recuerdo se desvaneció como humo perdiéndose en la distancia, abandonándolo para pelear solo contra la cruel realidad.

—Adiós, cariño.

Se giró y vomitó.

Sus gemidos hacían eco en la habitación donde se encontraba, inundada por obscuridad. No entendía nada salvo lo exhausto que estaba, como si le hubiesen drenado las energías para moverse y para pensar o siquiera sentir.

Todo le dolía.

Cuando parpadeó varias veces, su mirada logró acostumbrarse a su alrededor. Estaba echado en el piso de una habitación vacía, cubierta por azulejos viejos y rotos. Frente a él había una pared; gimió mientras se giraba. Nada. No había nada más que paredes. Parpadeó y se le escaparon más lágrimas, ¿dónde estaba?

Se limpió la barbilla y los labios con las mangas de su chaqueta, y luego estiró lentamente sus piernas y brazos, haciéndolos crujir. Al tragar saliva volvió a sentir náuseas por el regusto ácido que había en su lengua. Entre más quejidos, obligó a sus manos a llegar hasta su estómago, sobándose mecánicamente.

Cerró los ojos por unos segundos y comenzó a incorporarse cuando su cuerpo respondió mejor. Su letargo entonces se deformó lentamente en pánico mientras su mente recordaba todo lo que había pasado antes de

estar dormido.

No había sangrado. No le habían apuñalado, pero seguía doliéndole el pecho, y ahora estaba en un sitio de mala muerte, incapaz de hacer nada.

Al estar de pie dio varias vueltas sobre sí hasta que se percató de que el rectángulo marrón de una esquina era en realidad una puerta enorme que no contaba con ningún tipo de pomo, por lo menos no desde donde él se encontraba.

Se precipitó sobre ella y pegó la frente contra la abertura ubicada en la parte superior central; sus ojos inyectados en sangre e hinchados por el lloriqueo recorrieron el lugar fuera de aquella celda. Notó que afuera había un pasillo alargado. Desde el fondo, doblando a la derecha, provenía la única fuente de luz que podía ver, por lo que aquella debía ser la salida.

Le volvía a faltar el aire.

—¿Hola? —dijo, casi susurrando —. Ayúdenme… Por favor…

Tocó la puerta con las yemas de los dedos, sintiéndola cuidadosamente como si aún no creyera que esta era real. La golpeó y pateó y, Dios, cuán real era. Por mucho que la empujara o golpeara, esta no cedió ni un centímetro.

—¡Ayuda! —por fin se atrevió a gritar —. ¡Ayuda, por favor! No sé qué hago aquí, ¡ayúdenme!

Nadie respondió.

Suspiró, pateó la puerta una última vez, y volvió la mirada hacia la celda para buscar algo que le pudiera ayudar a escapar, pero solo encontró más razones para sentirse perdido.

Se giró de nuevo cuando escuchó que desde el fondo del pasillo se acercaba alguien. Se pegó contra la abertura nuevamente, viendo cómo se acercaba una sombra; la misma sombra que antes se había ocultado de él. La sombra que le seguía y le había hecho perder la cabeza.

—¿Me oyes? —dijo, deteniéndose frente a la entrada —. ¿Estás escuchándome? ¿Estás consciente, siquiera?

Francisco parpadeó, dando un paso hacia atrás, y escuchó que el hombre reía.

—Te lo repetiré. ¿Estás listo para el show?

Capítulo 5

5

—¿El…? ¿Show…?

—Reglas Extremas.

—Dis… ¿Disculpa?

—Es el nombre oficial del show. ¿Emocionado? Eres una de las estrellas.

Francisco volvió a echarse hacia atrás cuando vio que el hombre abría la puerta. Seguía sin poder ver su rostro claramente, pero justo ahora tenía otras cosas de las cuales preocuparse.

—Sé que no tienes idea de nada, así que te lo explicaré sin rodeos —comenzó —. Diez hombres y mujeres, tú entre ellos, son elegidos para pelear y morir en una batalla que entretiene a cientos de dementes adinerados. Eso es Reglas Extremas.

—¿Morir? —repitió Francisco, congelado.

—Ganará el último que quede en pie. Todos intentarán matarte de las peores maneras posibles, y tú tienes que intentar hacer lo mismo. Al público le gusta lo brutal, lo enfermizo, y… —continuó, acercándose a Francisco —. Te diré esto: si quieres vivir, tienes que asesinar. Si quieres salir de aquí, tienes que ganarte a la audiencia dándoles un gran espectáculo; bébete la sangre de otros, profana sus cadáveres, ten un puto colapso mental y llora hasta que se te salgan los ojos, ¡da igual! Pero si no los diviertes, todo tu esfuerzo habrá sido en vano porque ellos son los que deciden si te dejan ir… O si te ejecutan también por creer que tu victoria fue pura suerte.

Francisco negó con la cabeza. Ni siquiera podía entender que no entendía nada.

El hombre lo tomó de un brazo y lo arrastró hacia el pasillo.

—Pero… ¡Pero…! —dijo Francisco, caminando a su lado —. ¡Yo no puedo estar aquí! Seguramente se equivocan de persona, por favor, yo… Yo jamás… ¡No merezco esto!

—No, eres el indicado, jamás me equivoco. Aún si no lo fueras, ¿qué podrías hacer para salirte de esta?

Se acercaban al fondo del pasillo y Francisco volvía a echarse a llorar.

—No… Yo no puedo… No puedo matar a nadie.

—Claro que puedes, sólo que no estás listo. Nadie lo está, no hasta que sus propias vidas están en juego.

Giraron a la derecha, en donde, al fondo, había dos puertas que llevaban a ascensores viejos y desvaídos. Se treparon en uno de estos, Francisco hundiéndose en las infinitas posibilidades de tortura que le esperaban a él y a otras nueve personas tan pronto llegaran a su destino. El ascensor comenzó a moverse hacia arriba y Francisco se percató de que debían encontrarse bajo tierra, sin escape.

Se llevó las manos al rostro, pensando en lo que estaría pasando con los demás seleccionados, ¿estarían tan aterrado como él? ¿O estaban preparados…? ¿Preparados para matar antes que morir?

Mientras más se acercaban a la superficie, lograban escucharse con mayor claridad los gritos emocionados de una multitud, esperando el inicio del espectáculo. A cada metro los alaridos se volvían más y más fuertes, haciendo que se mareara, hasta que el ascensor se detuvo y aquello fue todo lo que pudo escuchar, como si le taladraran el cráneo.

Estuvo a punto de llevarse las manos a los oídos cuando la pared detrás de ellos se abrió, revelando un nuevo pasillo que parecía llevar al centro de un coliseo.

—Aquí estamos —dijo el hombre. Empujó a Francisco fuera del elevador y le impidió volver a entrar. Antes de volver a cerrar la puerta y desaparecer, le dedicó una sonrisa —. Buena suerte.

—¡No! —chocó contra la puerta que ahora volvía a ser una pared y comenzó a patearla y golpearla, sin lograr nada —. ¡No, no, por favor!

Un pitido entonces resonó por toda la arena, tan ruidoso que acalló al exaltado público; Francisco se dio la media vuelta, queriendo no pensar, queriendo no sentir, queriendo no existir.

Comenzó a caminar sin querer hacerlo. Sus manos jugueteaban con su ropa, con sus bolsillos, con el aire, mientras las paredes que se encontraban a sus lados terminaban, dando paso a cientos de bancas que se encontraban muy por encima de él, rodeando una arena circular salpicada de sangre.

La multitud volvió a rugir cuando las estrellas del show comenzaron a aparecer uno a uno, dejando atrás pasillos cubiertos en tinieblas para adentrarse en el bien iluminado coliseo donde arrebatarían y exhalarían

sus últimos alientos.

Francisco sintió que todos sus músculos se tensaban, obligándolo a detenerse para observar a sus rivales; se dio cuenta de que todos estaban tanto o más asustados que él. Nuevas lágrimas bajaron por sus mejillas. Todo dolía.

Pensar dolía.

Hubo un instante en que llegó a desear no tener compasión, porque esta era la última cosa que lo ayudaría a salir vivo de allí.

Tuvo náuseas y comenzó a tener arcadas cuando otro pitido resonó a lo largo de toda la arena; cayó de rodillas al suelo, abrazando su estómago, y vomitó mientras escuchaba al público gritar de emoción porque la hora del espectáculo había llegado.

Reglas Extremas había comenzado.

Francisco volvió la vista hacia arriba, percatándose de que los demás estaban avanzando y tomando distancia los unos de los otros. No podía confiar en nadie porque el miedo ya los había envenenado a todos.

De inmediato se incorporó, sin importar estar manchado de su propio vomito. Observó con cuidado los movimientos de los hombres y mujeres más cercanos a él, distanciados por unos treinta metros. Su respiración se volvió pesada cuando cruzó la mirada con otro joven, empapado de sudor.

La mirada de este cayó hacia el suelo.

Francisco lo imitó.

Entre charcos y manchas de sangre, había un cuchillo lleno de sangre seca con el que seguro otros antes que ellos habían destripado cuerpos y cortado lenguas en un intento por satisfacer la crueldad de los hambrientos espectadores.

Apenas notó que volvía a llorar.

Apenas se dio cuenta del revoltijo de emociones que le inflaban el pecho y le quemaban las entrañas, porque estaba demasiado ocupado pensando en que no podía permitir que nadie tomara ventaja si no era él mismo.

Comenzó a caminar más rápido, apretando los puños.

No tenía idea de si en verdad le dejarían libre, no sabía si podría volver a ver la luz del día, no podía imaginar cómo les contaría a sus padres y

amigos lo que había vivido allí, pero no podía renunciar tan fácilmente.

No podía morir sin dar pelea.

Una ráfaga de adrenalina le dejó la mente en blanco y corrió para alcanzar el cuchillo antes que nadie más. Cuando lo tuvo en sus manos, sus acciones se volvieron puro instinto.

Así podría volver, sí, volver a casa, darse un baño, pescar un resfriado, llamar a mamá, acurrucarse en sus brazos, dejar la escuela, volver al teatro abandonado, confesársele a su mejor amigo, hacer todo lo que jamás se había atrevido a hacer porque daba miedo.

Hacer de todo.

Vivir, mientras la sangre de otros lo empapaba.